

EL VISITANTE

CLARA ISABEL MALDONADO

Tú no te encontrabas en casa cuando él se apareció. Sólo estábamos mi madre y yo, cuando vimos su sombra agazaparse en la puerta oscureciendo todo el panorama. Fue como si la noche de pronto se hubiera tendido sobre nosotros, y al asomarme afuera vi su silueta informe, con las alas de murciélago, los ojos como dos llamas rojas y pezuñas en lugar de pies... mas sobre todo, los largos y puntiagudos cuernos negros.

Era como una densa masa de energía negra, que absorbía toda la vida y la luz a su alrededor. Más allá de él, no se podía divisar nada, todo estaba en tinieblas. Fue como si se hubiera llevado también el calor de la tarde, porque mi madre y yo empezamos a temblar incontrolablemente, con un frío incontenible que no podíamos distinguir del horror. Lo peor era el olor. Putrefacto, penetrante; tuvimos que contener la respiración hasta acostumbrarnos. Era un asalto fulminante a nuestros sentidos.

Comprendí que había venido a buscarme, aunque no sabía por qué.

Mi madre, muerta de miedo, dominóse por un instante y se las arregló para encontrar entre sus cosas un crucifijo de plata que siempre llevaba consigo, y me lo dio convencida de que la sola vista de la imagen espantaría su maligna presencia.

Yo lo enarbolé, más por las creencias de la infancia que por la fe que mi madre tenía en él, que era sólida como la plata del crucifijo y como el terror que ahora la embargaba. Mi fe en esas cosas, en ese momento de mi vida, era sin embargo muy cuestionable... quizás en parte por ello fue que él no sólo ni se inmutó, sino que soltó una tremenda carcajada cuando me asomé a la puerta sosteniendo el crucifijo desafiante con los brazos cruzados sobre el pecho.

Pareciera que se nutría de mi debilidad, pues mientras más flaqueaba mi fe más iba él aumentando en tamaño, y cuando volví a entrar, cerrando la puerta tras mío, aterrorizado, con “la cola entre las piernas” y el crucifijo apenas colgándome de la mano temblorosa, tenía realmente el aspecto y las proporciones de un dragón negro, inmundo y enorme.

Entonces apareciste tú, no sé de dónde, pues yo estaba en la puerta todo ese tiempo y no te vi llegar.

Estabas más indignada que asustada. Llevabas todavía en tus manos las cartas que recogiste del buzón antes de entrar, y el paquete de medialunas para el té. Como buen gerente que eras, me expusiste la situación de un sólo pincelazo.

– Y ¿qué es lo que piensas hacer? Hemos trabajado tanto por pagar esta casa, ¡no lo puedes dejar entrar aquí mismo y hacernos daño! ¿Te acuerdas cuando me decías a mí que tenía que ser más asertiva, que debiera tener confianza en mí misma? ¿y no crees que dio resultado? ¡Pues ahora tú debes demostrar lo mismo que me has enseñado! ¡Deberías salir y hacer algo! ¡Ah, todo está tan oscuro, se me van a morir todas las plantas!...

Me diste un leve empujón en dirección a la puerta y acto seguido te fuiste a esconder en el cuarto junto a mi madre, no sin antes enchufar la tetera con agua para hervir.

Ese fue el acabóse. Yo estaba más agitado por tus palabras que por la presencia del mismo hijo de las tinieblas en nuestro porche. Entonces me acordé que, así como él había traído la sombra, así odiaba la luz, y abrí la puerta y encendí la potente luz de enfrente. Con un rugido descomunal se enroscó sobre sí mismo, sus ojos rojos echando chispas.

–¡Ajá! - le dije- No te gusta la luz, ¿ha? Pues desde ahora, día y noche, siempre habrá una luz encendida en esta casa.

Entonces empezó a ocurrir el fenómeno. En la oscuridad del cielo comencé a divisar espesas nubes negras viajando a una velocidad sorprendente, arbolándose, formándose de la nada. Y te llamé. Sin muchas ganas, saliste del cuarto. Mi madre se quedó encerrada.

– Ves, tú que nunca me crees cuando a veces te digo que antes de que suceda algo yo ya lo sabía, como cuando en las películas adivino el desenlace, pero como siempre me lo guardo para mí mismo, no me lo crees... Bueno, ¿miras esos nubarrones? ¡pues te digo ahora que va a desatarse la tormenta eléctrica más terrible que has visto en tu vida!

A veces tenía la facultad de llamar a un amigo, justamente cuando me necesitaba, y a veces podía determinar cuando alguna conocida estaba embarazada antes de que ella lo supiera, y hasta podía determinar el sexo de la criatura. A veces te lo decía, pero lo tomábamos a la ligera. A veces no te lo mencionaba, y cuando sucedía, no me creías que ya lo había anticipado.

Como impulsado por mis palabras, un primer relámpago estalló en el cielo. Rayos, lluvia y un viento incontenible comenzaron en la tormenta más increíble que jamás habíamos presenciado.

Poco a poco un sentimiento de poder fue germinando en mí; descubrí que podía controlar, aunque un poco torpemente, la dirección y el alcance de los rayos, que podía indicarle al viento hacia qué lado soplar. Como el director de una fantástica orquesta natural.

Mientras tanto el maligno ser afuera se agitaba y achicábase en medio de ensordecedores rugidos que se confundían con los truenos.

La luz de los relámpagos producía una escena increíblemente clara e iluminada que estaba aniquilándolo poco a poco... Comprendí que él había venido a buscarme porque sabía que yo algún día iba a despertar de mi largo letargo, y vino para impedirlo; pero su sola presencia provocó lo que él tanto temía: Ahora, un poder incontenible brotaba de mis dedos y mi mente, y lo dirigí todo hacia él hasta convertirlo en algo apenas más grande que un ratón negro, que se alejó chillando. Más le valía nunca haber venido.

Recordé, siglos, milenios atrás, haber sido el amo del tiempo, recordé haber sido gigante y magnánimo, e imágenes de guerras y tormentas, creación y destrucción, nacimiento y muerte empezaron a aparecer en mi mente con una rapidez incontrolable. Recordé mi crimen, y la compasión otorgada; y comprendí su significado en mi pecho por vez primera.

Me volví para mirarte, y pude verte asomando desde la puerta del cuarto; a ti y a mi madre, cogidas de la mano, sonriéndome.

Mientras tú servías el té, el mundo, que me estaba esperando, yacía calmo ante mí en la luminosidad del día radiante que se abría afuera, limpio ya de tinieblas.